

PLANETA

VERDE



EL FARO MALDITO

CAPITÁN NEMO



Planetalector



Desde

12

años

PLANETA

VERDE

LAS AVENTURAS DEL JOVEN
JULES VERNE

EL FARO MALDITO

CAPITÁN NEMO



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Un proyecto de Cuca Canals
Extraído de las cartas del Capitán Nemo, 2015

© del texto: Miguel García, 2015

© de las ilustraciones de cubierta: Álex Ferreiro, 2015

© de las ilustraciones de los inventos en interior:

Paco Porres, 2015

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

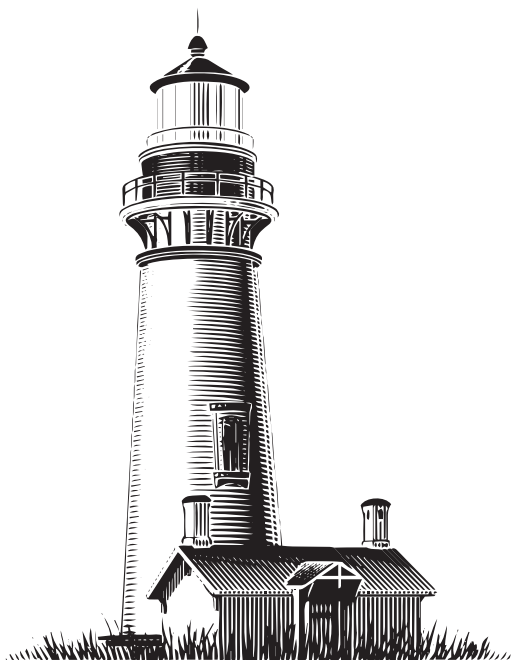
ISBN 13: 978-958-42-4638-7

ISBN 10: 958-42-4638-0

Primera impresión: agosto de 2015

Impreso por:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.



LOS AVENTUREROS DEL SIGLO XXI



JULES VERNE

Es un niño de once años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

HUAN

De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.



LOS AVENTUREROS DEL SIGLO XXI



CAROLINE

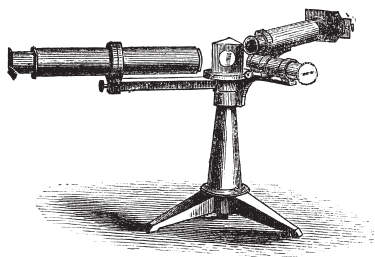
Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

MARIE

Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran ¡el mundo funcionaría mejor!



PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO



Nantes (Francia), invierno de 1840

Con mucho cuidado, Jules sacó del bolsillo de su chaqueta un animal sorprendente que Huan, su compañero de pupitre en la última fila del aula, miró fascinado. Era otra de esas criaturas mecánicas de cuerda que su amigo construía en casa. La primera había sido un pájaro; la segunda, una lagartija, y la tercera, un abejorro. Era como si eligiera animales cada vez más pequeños



para demostrar su habilidad. Huan imaginaba que el próximo sería una mosca o incluso un mosquito, pero se equivocaba: lo que su amigo tenía en la palma de la mano era una especie de araña hecha con el mecanismo de un reloj de bolsillo y unos alambres rígidos para las patas. Aunque fuera de metal plateado, parecía de verdad.

Jules le dio cuerda y la puso en el suelo para que coreteara entre las dos filas de pupitres. Algunos alumnos la vieron enseguida y se rieron, luego miraron a Jules y le guiñaron un ojo. Otros bajaban la cabeza solo cuando percibían movimiento a su lado y botaban del susto en su asiento.

El joven inventor creía que la cuerda de la araña solo daría para que avanzara un poco, pero no fue así; el animal artificial recorrió todo el pasillo y llegó hasta los pies del profesor Claude Mathieu, que estaba escribiendo en la pizarra. Cuando se dio la vuelta para comenzar una explicación y sus ojos cayeron sobre el insecto mecánico, se sobresaltó y profirió un grito. La risotada fue general.

Al severo señor Mathieu, que era también el director del colegio, no le gustaban nada las risas en clase y las cortaba de raíz. Pisoteó la araña hasta que no fue más que un montoncito de metal aplastado en el suelo.



Ninguno de los alumnos se extrañó de que después caminara derecho hacia el pupitre de Jules con los ojos echando fuego. Como el propio profesor, sabían que solo él podía ser el artífice de aquella sorprendente araña, e iba a recibir el castigo correspondiente. Primero le recriminaría su conducta con duras palabras y después lo expulsaría de clase al tiempo que lo amenazaba con hablar con sus padres.

Otro descubrimiento, sin embargo, hizo que no tuviera lugar la escena habitual. Cuando estaba a solo un paso de Jules, Mathieu vio que bajo el tablero del pupitre del chico, en el hueco para dejar la cartera, sobresalía una caja plana de madera.

—¿Se puede saber qué es eso que tiene ahí, Verne? ¿Otro diabólico ingenio de los suyos? —preguntó el profesor con todo su malhumor—. ¡Póngalo encima del pupitre para que yo lo vea!

Jules obedeció. Mientras lo hacía, a espaldas del profesor se formó un pequeño grupo de estudiantes, que se habían levantado sin hacer ruido y se habían aproximado de puntillas para ver también lo que sin duda era otro invento de su compañero.

Se trataba, según le explicó Jules a Mathieu, de un





escritorio portátil. Tenía una tapa delgada con una pizarra en su cara interna, una superficie para escribir en papel, compartimentos para la tinta, la pluma y las tizas, e incluso un cajón donde guardar cuadernos y libros. Un auténtico pupitre-cartera.

—Me sirve para tener ordenado el material de clase, hay un lugar para cada cosa, por eso lo llamo «ordenador personal» —dijo el chico.

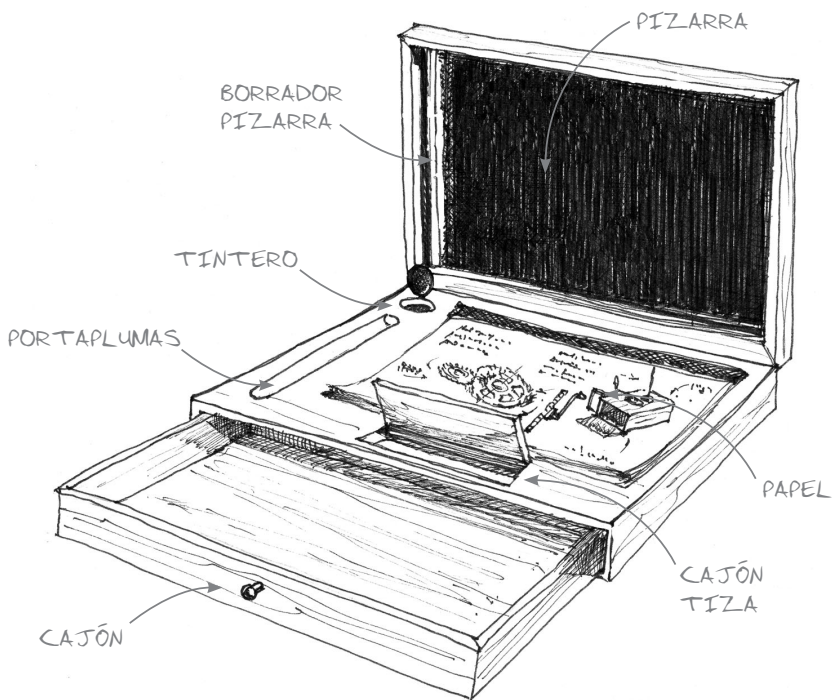
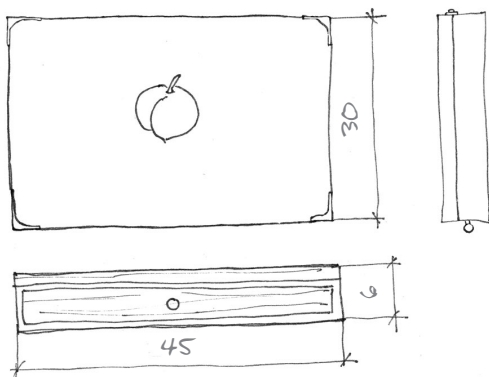
El profesor no supo qué replicar. Esperaba horrorizarse ante otro artilugio mecánico de Jules, pero lo que veía era una escribanía muy bien pensada, propia de un alumno aplicado. Por desgracia, al ver el desconcierto de Mathieu, Jules se lanzó a una de sus predicciones:

—Es muy útil, dentro de un tiempo todo el mundo tendrá uno. Pero los ordenadores del futuro serán mucho mejores, porque en vez de pizarra habrá una tela translúcida donde se proyectarán imágenes ampliadas de la información contenida en el cajón. La información estará en código y ocupará muy poco, así se podrá almacenar en grandes cantidades.

Detrás del profesor, los compañeros de Jules estuvieron a punto de reírse, pero lograron contenerse, algunos tapándose la boca.



ESCRITORIO PORTÁTIL





—¿Tela translúcida para proyectar imágenes? ¿Información en código? Pero ¿de qué habla? Esas extravagantes ideas tuyas sobre el progreso y la ciencia le han hecho perder el juicio, Verne. ¿O acaso se está burlando de mí?

Entonces sí estallaron las carcajadas de los alumnos, seguidas de carreras apresuradas.

—¡Todos a su sitio! —vociferó Mathieu, que se sentía ultrajado por aquel desbarajuste en el aula del que ni se había percatado—. ¡Y usted, Verne, cuando terminen las clases, suba a mi despacho con su «ordenador»!

—¡Me tiene harto con sus descabelladas fantasías futuristas y sus gamberradas en clase!

El director Claude Mathieu se había puesto en pie nada más entrar Jules en su despacho. Todo en él manifestaba el odio que en ese momento —y siempre— sentía por el chico: el tono imperativo de su voz, los ojos enfurecidos y desencajados, los gestos bruscos de sus manos y la inclinación hacia delante del cuerpo.

—No es el futuro lo que debería importarle —siguió diciendo el director—, sino el presente. Y su presente





somos este colegio y yo. Sé que le gustaría que lo expulsara, pero ya le dije una vez que no lo haría, que esto es un combate entre los dos y seré yo quien lo gane, ¿me ha entendido? ¡Voy a quitarle de la cabeza esas ideas absurdas y revolucionarias!

La furia de Mathieu iba en aumento. Rodeó el escritorio y agarró a Jules por el cuello con fuerza.

—Me hace daño...

—Esto no es nada comparado con el que le haré si no cambia de conducta.

La mano de Mathieu apretaba cada vez más y a Jules le costaba respirar. No sabía qué hacer, si revolverse contra el director a patadas y puñetazos o esperar a que la mano aflojara.

El director lo soltó al fin.

—Ahora coja todo lo que tiene en esa escribanía y déjela sobre mi mesa. ¡Y luego márchese!

Jules, con tristeza, hizo lo que le mandaba el director. Estaba seguro de que era la última vez que vería el «ordenador personal» al que tantas horas de trabajo había dedicado.

Cuando abrió la puerta para salir, algo llamó su atención en el abrigo que colgaba del perchero. Del bolsillo





interior asomaba la empuñadura de una pistola. Jules se quedó paralizado de miedo.

—¿Qué hace ahí plantado? ¡Fuera de aquí! —le ordenó Mathieu.

Caroline, Huan y Marie esperaban a Jules en la verja del colegio, como todos los días. Huan les había contado a las chicas el incidente de la araña y que Jules debía presentarse en el despacho del director antes de marcharse. Aquello las asustó. Mathieu no solo era un profesor tiránico, sino también un hombre muy peligroso y capaz de todo, hasta de matar.

Los cuatro amigos habían estado a punto de ser sus víctimas meses antes, en otoño. Una madrugada se habían escapado de casa para ver de cerca un globo aerostático que se exhibía en la ciudad, y cuando estaban subidos en el aparato, Mathieu y unos encapuchados lo habían soltado en mitad de una temible tormenta. Habían sobrevivido de milagro.

Huan y las chicas vieron salir abatido y con cara de estupor a su amigo.

—¡Se lo ha quedado! —Fue lo primero que dijo.





—¿Que se ha quedado el qué? —le preguntó Caroline—. Venga, cuéntenos todo lo que ha pasado en el despacho de Mathieu.

Sus amigos escucharon con sorpresa los detalles de la entrevista entre el director y Jules. Aunque también estaba asustado por lo que había visto, en ese momento predominaba en el chico la rabia por la pérdida de su «ordenador personal», esa caja maravillosa que había deslumbrado a sus amigos cuando se la había enseñado. Ellos sintieron sobre todo temor al saber que Mathieu estaba armado.

Permanecieron unos instantes en silencio a la puerta del colegio. Pero luego Marie reaccionó.

Para ella, aquella era una tarde muy especial, y ya estaba nerviosa por lo que harían a continuación. El «ordenador» no era el último invento de Jules; el día anterior habían terminado entre los cuatro un artificio para los residentes del asilo donde ella echaba una mano como voluntaria. Era un aparato muy particular en el que tenía puesta mucha ilusión. No iba a permitir que nadie le chafara el día del estreno de aquel invento.

Como tampoco iba a permitir que nadie le estropeará los que quizá fueran sus últimos meses en el colegio. Era





muy probable que a final de curso tuviera que dejar de estudiar para ponerse a trabajar como criada, chica de los recados o lo que fuera. Tenía seis hermanos pequeños, y sus padres, modestos artesanos, no ganaban suficiente dinero para mantener a la familia.

Los estudios en sí no le importaban mucho —aunque sacaba buenas notas—, pero sus amigos eran lo mejor que había en su vida. Con Jules y Huan había formado el club de Los aventureros del siglo XXI, al que luego se había unido Caroline, la prima de Jules recién llegada de París. El propósito del club era sencillo: mejorar el mundo y la vida de las personas, ya fuera con grandes o con pequeñas cosas, como el invento que iban a estrenar esa tarde. ¡También gracias a ellos, el mundo sería mejor en un futuro lejano, ¡en el siglo XXI!

Jules no se dejaba desanimar fácilmente y jamás renunciaría a saber cada vez más ni a inventar, pero el enfado le duraría unas horas y Marie quería que olvidara cuanto antes la pérdida de su «ordenador».

—Pues si él se ha quedado con tu escritorio portátil, nosotros fabricaremos más, muchos, para todo el que quiera, y Mathieu rabiará cada vez que vea uno. Comparado contigo, el director es un hombre insignificante.





Y le dio un beso en la mejilla a Jules mirando de reojo a Caroline con toda intención. Tiempo atrás, en su aventura en la isla, había visto a los primos agarrados de la mano en la playa; por alguna razón, no le había gustado nada y quería poner celosa a la otra chica.

—¡Y ahora vamos a recoger tu invento y llevarlo al asilo, nos están esperando! —dijo, y echó a andar.

Esto era lo que contaban las páginas iniciales de los cuadernos en que Caroline narró la segunda gran aventura de los cuatro amigos y que, pasado el tiempo, depositó en mis manos para que los guardara.

Desde que los cuatro jovencitos habían regresado de aquella isla perdida en el océano Atlántico, mi amistad con Los aventureros del siglo XXI se había vuelto más estrecha. Yo había convertido la ciudad de Nantes en mi puerto de partida y de llegada en cada uno de mis frecuentes viajes por todo el mundo. Tenía la impresión de que allí, el progreso de la civilización se estaba jugando mucho contra las siniestras fuerzas que querían frenarlo. No me equivocaba. Era una guerra silenciosa y oculta en la que yo debía tomar parte.



Jules, Marie, Caroline y Huan se encontraban, sin haberlo buscado, en medio de aquella guerra. Y estaban a punto de librar la siguiente batalla, tan peligrosa como lo son todas las batallas, pero además realmente terrorífica.

A mí todavía me da escalofríos leerla.

CAPITÁN NEMO

Capítulo I

UNA SILLA CON ALMA.
LAS VISIONES DEL ANCIANO



El transporte del invento de Jules, de la tienda del señor Shian, el padre de Huan, a La Charité Nantaise, la institución benéfica donde trabajaba Marie, causó sensación. La gente se paraba a los lados de la calle para mirar el extravagante aparato que llevaban los chicos. Estaba claro que era una silla, pero ¿para qué le habían puesto aquellas imitaciones de brazos humanos en el respaldo?





Jules iba un poco cortado, porque, aunque siempre se sentía orgulloso de sus inventos, los comentarios que oía eran bastante burlones y hasta crueles.

Huan, en cambio, presumía tanto como si fuese él quien hubiera ideado y montado el invento pieza a pieza. Como la silla no pesaba demasiado y entre los dos la sostenían fácilmente, incluso podía levantar y mover de vez en cuando una mano para saludar, como si el público ocasional lo estuviera aclamando. Y a punto estuvo de ponerse a vocear las cualidades del aparato, pero Jules lo hizo callar en cuanto abrió la boca.

—Por favor, Huan, no digas nada. La silla les hace gracia y se reirían todavía más si supieran para qué sirve.

Por delante de ellos, abriéndoles paso, iban Marie y Caroline. Los cuatro, al salir del colegio, habían corrido al almacén del negocio del señor Shian, lugar de encuentro de Los aventureros del siglo XXI y donde habían construido y guardado la silla que ahora transportaban los chicos.

Días atrás, Marie les había comentado a sus amigos que algunos ancianos de los que residían en el asilo se





sentían muy solos. Eran personas cuyos parientes habían muerto ya, estaban lejos o, peor aún, simplemente no iban a verlos. Los ancianos echaban de menos las conversaciones y las comidas en familia o el dormir bajo el mismo techo que sus hijos y nietos, pero lo que más les faltaba era un abrazo cariñoso.

Al oír a Marie, Jules había empezado a pensar inmediatamente en cómo reconfortar a los ancianos y hacer que se sintieran menos solos. Bueno, en realidad los cuatro amigos se pusieron a pensarlo, pero a los demás lo único que se les ocurrió fue visitarlos ellos mismos y prodigarles durante un rato el afecto que añoraban.

La mente de Jules, sin embargo, funcionaba de una manera más complicada. Él buscaba algo que estuviera siempre a disposición de los residentes del asilo, para que no dependieran de la compasión de las visitas. Además, aquello era un auténtico reto para él. Hasta aquel momento, sus inventos siempre habían tenido una utilidad práctica, con resultados visibles; aliviar el estado de ánimo de una persona era algo muy distinto.

Estuvo muy callado el resto de la tarde, pero sus amigos le perdonaron su silencio. Se dieron cuenta de que ya estaba cavilando, y las cavilaciones de Jules siempre





acababan de la misma manera, con la construcción de algún aparato.

Y así fue. No aquella tarde, sino la siguiente. A las chicas, como de costumbre, no les había dicho nada en el colegio a la hora del recreo, pero tampoco a Huan en las muchas —interminables— horas de clase que pasaban juntos. Por su sonrisa enigmática cuando le había preguntado, su amigo había intuido que Jules ya tenía algún invento pensado, pero se resignó a esperar hasta la tarde.

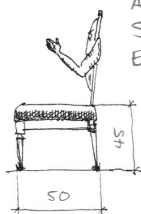
Acomodados en las cajas de la trastienda, y después de haberse comido la merienda que les había preparado la señora Shian, Jules sacó de su cartera un par de hojas en las que había dibujado la «máquina que abraza», como la llamó. Era una silla con unos brazos mecánicos añadidos. Funcionaba cuando alguien se sentaba y se apoyaba en el respaldo, entonces los brazos se cerraban y rodeaban el torso de la persona.

—¡No, yo no quiero sentarme! ¡Me da miedo! —se opuso a gritos la anciana.

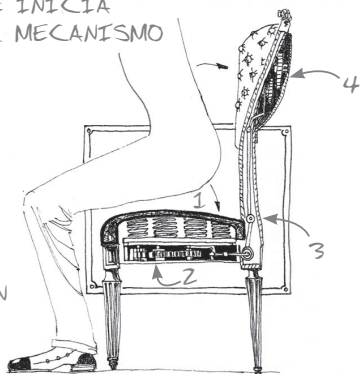
Era natural que la mujer del asilo tuviera miedo.



SILLA ABRAZOS



AL SENTARSE
SE INICIA
EL MECANISMO

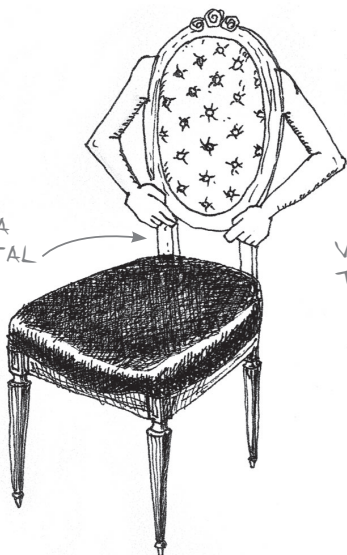


1. MUELLES
2. MECANISMO INICIO
3. VARILLAS TRANSMISIÓN MECÁNICA
4. MECANISMO ACCIÓN ABRAZOS

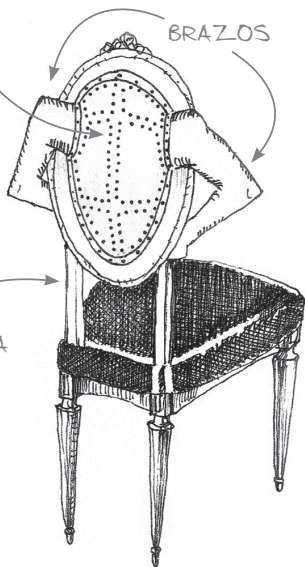
CAJA
MECANISMOS

BRAZOS

VISTA
FRONTAL



VISTA
TRASERA





Momentos antes, la primera prueba con la silla inventada por Jules había sido un completo fracaso. Un anciano se había sentado con una sonrisa de esperanza en la cara y los brazos mecánicos lo habían estrechado con tanta fuerza que por poco no le rompieron algún hueso.

Jules había tenido que pedir mil disculpas y decir que era un fallo sin importancia, que enseguida lo arreglaba. Se había puesto manos a la obra y en solo unos minutos había ajustado los mecanismos. Mientras aflojaba o apretaba tuercas y destensaba muelles, Marie, agachada junto a él, le había susurrado:

—Tendríamos que haber hecho más pruebas nosotros con la máquina antes de traerla. Me siento culpable.

—Parecía funcionar perfectamente, no suponía que pasaría esto... —se justificó Jules, aunque sabía que Marie tenía razón.

Le preocupaba también que los ancianos dejaran de confiar en él. Eran ya varios los aparatos que había inventado para ellos y todos les habían resultado útiles, desde el primero, un tenedor-rascador de espaldas extensible, hasta el último, un subidor de calcetines con el que apenas había que agacharse y que había facilitado la vida a los ancianos con dificultades para doblarse.





Todos los residentes sentían una respetuosa admiración por el precoz inventor, y se la habían demostrado efusivamente aquel día cuando los cuatro amigos habían entrado en el asilo cargados con el nuevo aparato. Ninguno de los ancianos habría imaginado nunca que los inventos del joven pudieran causarles daño, pero así había sido. Jules tenía que reconquistar su confianza y, pese a trabajar a toda prisa, se había esmerado en el improvisado arreglo de la silla.

—Puede sentarse tranquila, señora —le dijo a la anciana atemorizada—. Los brazos estrecharán con menos fuerza y más despacio. Además, los podrá apartar cuando quiera levantarse, no se resistirán y volverán automáticamente a su primera posición.

En la gran sala de estar de La Charité Nantaise se hizo el silencio. El único que parecía totalmente seguro de que el aparato funcionaría bien era el propio Jules; los demás lo miraban primero a él y luego, con inquietud, a la máquina que abrazaba.

Marie tenía los nervios a flor de piel, porque se sentía responsable de todo aquello y no se iba a perdonar que algún viejecito saliera herido. Además, si el invento volvía a jugarles una mala pasada apretando a la anciana





como un forzado enloquecido, tendría que aguantar los reproches de los residentes cada vez que fuera a trabajar al asilo.

A Caroline, en cambio, le preocupaba más Jules, quien, como siempre, había puesto todos sus conocimientos y todo su esfuerzo en aquel invento. Los fracasos con sus inventos lo dejaban deprimido, preguntándose si de verdad valía para ser científico. Afortunadamente, era raro que sus creaciones no funcionaran.

Los pensamientos de Huan no se parecían en nada a los de sus amigos, ni a los de nadie de la sala. Mientras acarreaban la silla hasta el asilo, su mente había fantaseado con sacarle provecho al invento de su amigo, un provecho contante y sonante, en dinero. ¿Y si la máquina de los abrazos era un éxito y se corría la voz de que existía tal maravilla? Podrían fabricarla en serie, como ya se hacía con tantas cosas, y venderla a buen precio, hacerse ricos y... no volver al odioso colegio. ¿Para qué?

La anciana que tenía miedo de sentarse, una de las residentes más antiguas y de las que más añoraban los abrazos, clavó los ojos en los de Jules. ¿Sería sincero el chico al decir que ya no había ningún peligro? Dudaba, además, del efecto de aquellas carantoñas mecánicas:





—No son verdaderos brazos, les da igual quién esté en la silla, ellos no sienten nada...

Era algo en lo que había pensado Caroline cuando Jules les había contado su idea de la silla, por eso tenía preparada una buena respuesta:

—Pero sí lo sentimos quienes la hemos hecho. Cuando esté sentada, será como si nosotros cuatro la abrazáramos, con esa intención la hemos construido —le dijo llena de entusiasmo—. Y también puede imaginar que los brazos son de la persona que más quiere o haya querido en el mundo...

Aquello convenció a la anciana, que le hizo una caricia en la mejilla a Caroline y, ante la expectación de todos, se sentó sin vacilar.

Los brazos del respaldo se fueron cerrando en torno a ella muy despacio, al principio, rígidos como dos barras, pero luego articulándose por los codos y bajando, de forma que las manos acabaron cruzadas casi a la altura del regazo de la anciana. Había sido un movimiento suave, delicado. Casi... humano.

A la mujer se le saltaron las lágrimas. Y también a unos cuantos de los presentes, empezando por Marie, que suspiró de alivio.





—¡Ahora déjame a mí! —exclamó uno de los asilados.

—¡No, después de ella me tocaba a mí! —gritó otro.

—¡Eso no es cierto, te has colado!

La anciana no tuvo más remedio que levantarse. No le importó, ya se sentaría más veces en la máquina que abrazaba; hasta tenía pensadas las personas que la estrecharían imaginariamente.

Nada más alzarse, fue hasta Jules y le dio un sonoro beso con sus labios gordos y húmedos, que el chico aceptó un tanto desconcertado por la sensación de la saliva en la mejilla. Marie, que conocía bien los besos de la anciana —le daba uno cada vez que hacía algo por ella—, miró divertida a su amigo, para ver qué cara ponía, y sonrió. Luego les tocó a ella y a Caroline recibir los besos de agradecimiento de la señora, mientras Huan se apartaba disimuladamente para evitarla. Pero la anciana no lo dejó escapar:

—¡Huy, qué tímido eres tú! ¡Ven aquí que te dé también un beso, no seas vergonzoso!

El resto de la tarde fue una auténtica fiesta. Pese a sus escasos recursos, las monjas habían conseguido





los ingredientes necesarios para preparar unas grandes tartas. Era su manera de darles las gracias a los chicos y también de romper la rutina diaria de los residentes con una merienda especial.

Los ancianos iban sentándose por turno en la máquina para que los abrazara, y a uno, el aparato le tiró el pedazo de tarta al cerrar sus articulaciones.

—¡Pues ahora te quedas sin merendar! —le dijo un compañero.

—Eso te pasa por querer hacerlo todo a la vez —añadió una anciana entre carcajadas.

«Son más malos entre ellos que nosotros en el colegio, que siempre estamos chinchándonos», pensó Caroline con razón. Acompañaba del brazo a una señora muy peripuesta hasta la mesa de las tartas. La mujer la miraba complacida y no paraba de decirle lo guapa que era.

—Eres casi tan guapa como lo era yo a tu edad —era su mayor elogio.

Marie, que espiaba de reojo todo lo que hacía Caroline, tan ajena a aquel ambiente y con la que rivalizaba en algunas cosas, estaba sorprendida por la actitud de su amiga: parecía estar a gusto, contenta incluso, y tenía una enorme paciencia con los ancianos.





A Jules lo rodearon enseguida unos cuantos ancianos para preguntarle cómo se le había ocurrido la idea de la máquina y en qué consistían exactamente los mecanismos que movían los brazos. Eran antiguos herreros, carpinteros y obreros de fábricas que habían pasado su vida entre herramientas y conservaban la curiosidad por el funcionamiento de cada cosa. Él satisfacía con gusto aquella curiosidad —hablando de aquellos temas se sentía a sus anchas, sobre todo tratándose de un invento suyo— y ellos rememoraban por unos momentos sus años de trabajo y se sentían más vivos. Uno de los ancianos, además, le hizo a Jules un ofrecimiento muy interesante:

—Somos viejos y ya no valemos para casi nada, pero algunos todavía somos hábiles con las manos y arreglamos las cosas que se rompen aquí en el asilo. Si alguna vez necesitas ayuda para construir uno de tus inventos, cuenta con nosotros.

Marie, que se ocupaba con las monjas de repartir trozos de tarta y tazas de chocolate entre los residentes y algún que otro familiar, se fijó en un anciano que no se había movido de un rincón de la sala desde que ellos habían llegado con la máquina de los abrazos. Estaba





sentado medio vuelto hacia la pared, con los brazos cruzados y sin mirar a nadie.

Conocía a aquel hombre, había llegado solo unas semanas antes al asilo, era muy retraído y apenas hablaba, quizá por falta de confianza o porque no se acostumbraba a su nueva vida. Pensó que aquella era una buena ocasión para que confraternizara con los demás y se acercó a él. También pensó que quizá fuera una de las personas del asilo que más necesitaba la máquina de los abrazos.

—Hola —le dijo—. ¿Por qué está aquí solo? ¿Es que no quiere tarta ni chocolate? Venga conmigo, así se sentará en el aparato que hemos traído, le va a encantar.

Para sorpresa de Marie, el hombre se encogió más en la silla, se tapó la cara con las manos y gritó espantado:

—¡No, no me lles con él, ha venido por mí! ¡Me acechan día y noche! ¿Por qué lo habéis traído? ¡Vosotros sois como ellos! ¡Dejadme vivir en paz!

Todo el mundo se volvió y lo miró con estupor. Una monja corrió hasta él para calmarlo, pero el hombre estaba fuera de sí.

—¡Sois fantasmas salidos del infierno! ¡Y ahora habéis traído esa silla para que me atrape y no pueda escapar! ¡A mí no vais a engañarme como a esos lelos!





Acudió otra monja, y entre las dos religiosas, con palabras amables, lograron que se tranquilizara un poco. Pero seguía profiriendo palabras confusas, hablaba de espectros que lo asaltaban a todas horas, que se escondían detrás de cada puerta para aparecerse cuando creía haberlos despistado.

—No me creéis, ¿eh?

Pidió entonces papel y pluma y dibujó unas formas altas, alargadas y de contorno impreciso, ondulado. De fondo, hizo muchas rayas, para sombrearlo, como si las figuras estuvieran en la oscuridad y brillaran.

—Son fantasmas. Esta de aquí es mi difunta mujer, estoy seguro, se me aparece por las noches... Susurran, siempre susurran algo que no entiendo. No son voces humanas.

Era aún pronto cuando salieron de La Charité Nantaise. El espanto de aquel hombre había puesto fin a la pequeña fiesta organizada por las monjas. Los ancianos, no obstante, siguieron en fila a la espera de su turno para sentarse en la máquina de los abrazos, sin hacer caso de los desvaríos de aquel hombre siempre callado y huraño.





Marie iba cabizbaja, contrariada por el final precipitado y amargo de la celebración, y le daba pena aquel anciano que tenía alucinaciones con los muertos. Se estremeció.

Vio entonces, sentado en el escalón de un portal, a un mendigo que conocía. La Charité Nantaise, además de alojar a ancianos sin hogar, distribuía comida entre los necesitados de la ciudad, como aquel hombre. Las monjas habían intentado acogerlo en el asilo, pero él decía que prefería la libertad de la vida en la calle. Siempre acudía acompañado de otro indigente que tenía la cara quemada y algunas cicatrices; eran inseparables. A Marie le chocó no verlos juntos.

Sacó del macuto que llevaba al hombro uno de los trozos de tarta que las monjas le habían dado para sus hermanos pequeños y se lo ofreció al mendigo. Aprovechó para preguntarle por el otro hombre.

—Hace tiempo que no lo veo —le contestó el mendigo—. Pasábamos juntos todo el tiempo, pero un amanecer, al despertarme junto al río, solo estaba su manta, él había desaparecido. No he vuelto a saber de él. Es como si lo hubieran raptado los fantasmas.

Se alejaron del hombre, pero la mención de seres





sobrenaturales aumentó el miedo de Huan, que miraba a todas partes creyendo ver en cada esquina figuras como las dibujadas por el anciano del asilo.

—¿Crees en los fantasmas, Huan? —le preguntó Marie, que se había dado cuenta de su estado de ánimo.

—Qué va, pero...

Jules y Caroline, aunque impresionados también, charlaban con normalidad, un poco para disimular.

—Pobre hombre el del asilo —estaba diciendo Caroline—, pasarse los últimos años de su vida imaginando fantasmas...

—¿Estás segura de que solo se los imagina? —le preguntó Jules, más que nada para incordiar un poco a su prima y ver hasta dónde llegaban sus convicciones.

—¡Pues claro que sí, los fantasmas no existen!

—No sé, quizá haya fenómenos que la ciencia aún no ha descubierto pero que son reales. Por ejemplo, todavía no sabemos casi nada de la electricidad.

—¡Esta sí que es buena, mi primo el gran científico creyendo en espectros! Y en vampiros, ¿también crees en vampiros? Ya me parecía a mí que a veces olías mucho a ajo. ¿Te lo untas por la noche para que no te muerdan en el cuello?





Huan y Marie se rieron, aunque no estaban muy de acuerdo con Caroline en cuanto a la existencia de seres sobrenaturales. Luego Huan se puso serio y dijo:

—Mis padres cuentan historias de fantasmas del lugar donde nacieron. Lo hacen cuando me he acostado, porque saben que a mí me da miedo. Pero algunas noches los he escuchado a escondidas. Son historias terribles, después no duermo bien. Una vez contaron que en una aldea había un hombre al que los fantasmas le arrancaron una...

—¡Calla, no quiero ni oír esas atrocidades! —cortó en seco Caroline—. ¡No son más que falsedades!

—Sí, no cuentes más, que luego yo tampoco duermo —dijo Marie.

—Os propongo una cosa —añadió Caroline—: preguntémosle al capitán Nemo qué opina de todo esto. Seguro que él tiene las ideas claras y puede explicarnos por qué la gente se inventa todas estas historias o ve visiones, como ese anciano.

Todos estuvieron conformes, pues el capitán Nemo era la persona más sensata e inteligente que conocían; así que, como aún tenían tiempo antes de la cena, se dirigieron al muelle donde estaba amarrado el *Nautilus*.

